

CAPÍTULO II. *Del lugar que daba la gentilidad a los templos, y cómo lo describe y determina el Filósofo*



PUUESTO QUE HA HABIDO y hay templos en el mundo, resta saber la forma y manera de ellos; de cuya hechura, asiento y ornato hizo un largo discurso Aristóteles en el libro séptimo de sus *Políticos*,¹ donde dice así: El lugar donde se hubieren de edificar los templos, en los cuales se ha de ejercitar el culto divino y se han de recibir las respuestas de el oráculo, debe ser el más eminente, excelente y gracioso de toda la ciudad, segregado y apartado de todas las cosas profanas y seculares; de tal manera que por la disposición y apariencia y eminencia del lugar se muestre la preeminencia, majestad y excelencia de aquel que en ellos se sirve y honra, que es Dios; y en ser en esta manera edificados y hechos, se echará de ver la devoción, reverencia y virtud de sus cultores y adoradores.

Y luego prosigue: Junto al templo deben estar las habitaciones y moradas de los sacerdotes, para que vivan y solemnicen las fiestas del culto divino, a sus tiempos, en todos los sacrificios. Y en otro lugar haya también aposentos y salas, donde todos los magistrados solemnicen, con la gente principal, los dichos sacrificios y ordenen sus banquetes y comidas, en orden y honra de las fiestas, acariciando en ellos a todos. También debe haber otras mansiones (prosigue luego) donde la gente común festeje la solemnidad y coma, para conservar la amistad que tienen; y porque los dioses los conserven. Y luego dice que estará el templo muy glorioso y honrado, si junto a sí tuviese escuelas y generales, donde se lean y ejerciten las letras, habiendo maestros y hombres doctos que las lean y gente tierna y moza que las oiga y aprenda. Y dice luego que será cosa muy cómoda y decente que el templo tenga su plaza delante de sí y que sea puro y libre; conviene a saber, como glosa Santo Tomás,² que sean libres y privilegiados los que allí estuvieren o a él se acogieren, gozando de libertad y particulares inmunidades; y que sea apartado de toda la negociación y estruendos mundanos, porque es lugar donde deben ejercitarse las virtudes y deputado para la contemplación. Asimismo dice, que los aposentos de los sacerdotes estén allí juntos, porque se hallen más a mano y cerca para celebrar el divino y celestial culto; porque como aquel lugar deba ser quieto y apartado de los estruendos, barahúndas y negocios profanos, así también, por consiguiente manera, los sacerdotes estén más aptos y dispuestos para la contemplación, en la cual deben estar ocupados por todo el tiempo de su vida. Todo lo dicho es de el Filósofo, declarado en partes, por el angélico doctor Santo Tomás.

También es necesario que dentro de los templos haya altares; porque no sólo ha de haber casa donde morar, sino también mesas donde comer; y

¹ Polit. cap. 1:2.

² Div. Thom. in Com.

como las comidas de los dioses sean y hayan sido los sacrificios y oraciones, y éstos deban hacerse en lugares conocidos, no pueden ser otros que los altares; los cuales servían, y de presente sirven, como de mesas donde se les administra el manjar del sacrificio. De estos altares usaba la gentilidad de diversas maneras, porque según tenían las formas, así tenían los nombres; unos se llamaron altares y otras aras. Las aras, según etimología de San Isidoro,³ son unos asientos bajos casi muy juntos con el suelo; y dicese ara porque allí los sacrificios arden; y según Varrón, dice⁴ que se deriva de las eras, porque han de ser limpias como en las eras se limpia el trigo de la paja; porque en ellas se limpian por los sacrificios las ánimas de los pecados.

Altares se dicen, según el mismo santo en el lugar citado, porque son altos (*quasi alta ara*) o porque allí se alzan las manos orando. Éstos (como después veremos) eran los lugares de los sacrificios; y según Porfirio y Festo eran en tres maneras los lugares de estos sacrificios; porque a los dioses, que tenían por celestiales, les sacrificaban en los dichos altares; a los que llamaban terrenos, en las aras, como dando a entender en estas dos cosas, que así como los unos eran más encumbrados que los otros, así habían de ser los lugares de sus sacrificios, unos más altos que otros; y a los dioses infernales les hacían oración y sacrificios en cuevas y cavernas, dando a entender en este modo de veneración y memoria que de ellos hacían, la profundidad y hondura donde moraban.

Aunque es lo dicho muy general a toda la gentilidad, se sabe por cosa cierta que los de la India oraban y sacrificaban a los dioses terrenos en cuevas y al sol, en lugar eminente y alto. Y de los griegos se dice que hubo tiempo donde no sacrificaron a sus dioses en altar, ni ara, sino en el suelo. Y los árabes sacrificaron al sol, mucho tiempo, sobre una pequeña ara, sentada sobre otra algo mayor, y levantada algún tanto de el suelo, y en ella quemaban incienso y otros perfumes; y la forma de ellas era cuadrada, aunque algunas usaban redondas; así lo dice Lilio Giraldo en sus *Sintagmas*,⁵

CAPÍTULO III. De la forma y rostro de los templos, y cómo los sentaban los antiguos; y se forman según sus cuatro partes, que fue como se hallaron en esta Nueva España



EGÚN NOS CUENTA Y REFIERE San Isidoro en el libro arriba citado, de sus *Etimologías*,¹ antiguamente los gentiles sentaban los templos y moradas de sus fingidos dioses en muchas maneras, según fue variando la opinión y consideraciones de los hombres; pero en una sola cosa fue siempre estable y permanente, que fue en darles cuatro partes, constituyéndoles cabeza y pies y brazos, diestro y siniestro. Estas cuatro partes,

³ Div. Isidor. lib. 15. Ethymol. cap. 4.

⁴ Varr. de Lingua Latin. lib. 4.

⁵ Li ius lih de Diis genti, sintagma 17.

¹ Div. Isidor. lib. 15. cap. 4.